



ALFREDO DE VILLACIÁN EN SU VUELO DE ÍCARO

Pablo Rojas

(UNED – C. A. Talavera de la Reina)

Resumen. Alfredo de Villacián es un escritor de vida y carrera efímeras. Murió a los 28 años sin llegar a editar ningún libro. Sus escritos se encuentran desperdigados por periódicos y revistas como *Los Ciegos*, *La Tribuna*, *La Publicidad* o *Heraldo de Madrid*. En sus crónicas periodísticas despliega su enorme talento y cultura. Villacián participó de la bohemia madrileña y barcelonesa de los años veinte y mantuvo estrecha amistad con Rafael Cansinos Assens o Vicente Huidobro; este último le inculcó sus enseñanzas creacionistas cuando residió en Madrid en 1918. Después, Villacián se trasladó a Barcelona en donde se relacionó con personajes punteros de la cultura catalana como Josep Pla, Sebastià Gasch o el marchante de arte Josep Dalmau.

Abstract. Alfredo de Villacián is a writer with a short life and career. He died when he was only 28 and did not published any books in his life. His writings can be found in magazines and newspapers like *Los Ciegos*, *La Tribuna*, *La Publicidad* or *Heraldo de Madrid*. In his chronicles he displays all his enormous talent and culture. Villacián took part in the Spanish bohemia of the twenties and had great friendship with Rafael Cansinos Assens or Vicente Huidobro who taught him the art of the creationism during his stay in Madrid in 1918. After that, Villacián moved to Barcelona where he met important people of Catalan culture such as Josep Pla, Sebastià Gasch or the art dealer Josep Dalmau.

Palabras clave. Alfredo de Villacián, Vanguardia, Vicente Huidobro, Bohemia, Años Veinte

Keywords. Alfredo de Villacián, Avant-garde, Vicente Huidobro, Bohemia, Twenties

Quienes nos hemos acercado con curiosidad a la historia del vanguardismo y, de forma específica, al discurrir del ultraísmo en España, nos hemos topado con una serie de poetas de trayectoria efímera y vida turbulenta, muchas veces, además, extremadamente breve. Es el caso, por ejemplo, de Francisco Rello, quien junto a su hermano Guillermo desgrana sus versos de cuño ultraísta por publicaciones como *Grecia* o *Ultra*, quizá las dos «bocinas», como gustaba de llamarlas Guillermo de Torre, más representativas de la vanguardia histórica española.

Francisco Rello murió en plena juventud, sin haber tenido tiempo de que su estro cuajara hasta el punto de testimoniar el verdadero alcance de su talento. Un paseante transitorio del ultra, el escritor César González-Ruano, recuerda de forma poética que los dos hermanos se «pasearon por el Madrid de 1918 y de 1919 con sus capas italianas, sus melenas, sus chalinas, como los violinistas puros de la poesía» (González-Ruano C. 1957: 64). El mismo Ruano asistió a las pompas fúnebres del malogrado Francisco, cuyas melenas negras y rizadas «le salían por el pobre ataúd como el crepé de la otra vida» (González-Ruano C. 1957: 65).

Cuenta también Ruano que la muerte del joven Rello no fue la única que le sacudió en los albores de su carrera como escritor. Como todo talento en ciernes, debía transitar por las muchas tertulias que entonces acogían los cafés de Madrid. Entre ellas, la del Café Platerías en la calle Mayor. Allí coincidió con otro poeta de vida breve: José de Ciria y Escalante. Este, de origen acomodado, vivía en el privativo Hotel Palace junto a Lola Escalante, «su guapísima madre» (González-Ruano C. 1957: 95).

Para su fortuna, Ciria ha tenido mucha más suerte póstuma que Francisco Rello. Seguramente por la calidad de sus escritos, que fueron, en cualquier caso, pocos. También, porque se le ocurrió fundar y dirigir una hermosa revista ultraísta: *Reflector*, de vida, como él, efímera, pues solo se publicó un número en diciembre de 1920. Contó con la aparición estelar de Juan Ramón Jiménez, tan renuente siempre a confundirse con la algarabía vanguardista. Sorpresivamente, Jiménez dio un eventual espaldarazo a la muchachada ultraísta, a cuenta, eso sí, de soltar un mandoble a sus «compañeros de jeneración, secos, pesados, turbios y alicaídos» (Jiménez J. R. 1920: 2).

Además de la revista, Ciria tuvo la fortuna de entablar amistad con Federico García Lorca, quien le dedicará un emotivo soneto en el que le llama «Giocondo». Con ese calificativo, y ungido por las manos del rey Midas de nuestra poesía, no es raro que Ciria se ganara el cielo de la posteridad. Además, tuvo la suerte de que sus amigos hicieran realidad una promesa tantas veces incumplida: la de publicar, poco después de su deceso, un libro en el que se recogiera su magro escribir: *José de Ciria y Escalante [Poemas]*, Artes de la Ilustración, Madrid, 1924. Ciria, nacido en Santander, había fallecido el 4 de junio de ese mismo año, víctima del tifus, cuando

solo contaba con 21 años.

Un tercer poeta que transita por los tugurios del ultra con similar *fatum* es Ramón Prieto Romero. Su perdición, en este caso, fue el alcohol. Nos habla de él un conmitón de tertulias que después se enrolaría en las agitadas aguas del falangismo: el periodista Guillén Salaya. En su libro *Los que nacimos con el siglo*, una suerte de memorias fragmentarias y atropelladas, Salaya recuerda que a los oficiantes del ultra les gustaba consumir aguardiente con singular profusión en las veladas del Colonial, donde Rafael Cansinos Assens ejercía de anfitrión. El mismo Prieto Romero fue gran amigo de ese estimulante e incluso le dedicó una rendida cuarteta: «Desde la acera de enfrente,/con la mano en el sombrero,/ las saluda un caballero/que está bebiendo aguardiente» (Salaya G. 1953: 40).

Según recuerda Guillén Salaya, tal cariño le llevó a morir «una tarde de abril acostado en un banco de la plaza de Santa Ana, mientras los niños jugaban felices al descubrimiento de la primavera» (Salaya G. 1953: 40). De Ramón Prieto Romero cuenta Ruano que tenía «verdadero talento poético», pero que llevó «una bohemia atroz», lo cual le arrastró a la mendicidad, para morir, víctima de una parálisis progresiva, «a finales de 1930» (González-Ruano C. 1957: 97).

Aunque no hay acuerdo entre Salaya y Ruano a la hora de dictaminar la fecha o la causa de la muerte del poeta, en lo que sí coinciden ambos es en encuadrarlo en esa bohemia que desde algunos años atrás conocían las tascas de Madrid y cuyo máximo exponente era el escritor modernista Emilio Carrere. Una bohemia que muchas veces se entremezclaba con una variante nada aseada: la golfemia. En las filas de esta, se enroló una turba de aprovechados y sablistas entre los que se movían personajes tan extremados como Armando Buscarini o Pedro Luis de Gálvez, el protagonista de la novela de Juan Manuel de Prada *Las máscaras del héroe*. Gálvez colaboró con algunos de sus versos en *Grecia*, la revista sevillana que pasó de la noche a la mañana de cantar al cisne modernista a glorificar las ventajas de la velocidad.

Por el ultraísmo anduvo, para desesperación de Guillermo de Torre, una panda de indocumentados de la que cabía esperar poca cosa. Unos seres próximos las más de las veces a esa golfemia incriminada. Este es el recuento que Ruano establece de aquella fauna:

Humberto Rivas hacía publicidad y se llevaba lo que podía de los sitios (...). Su hermano José Rivas Panedas –el mejor y más representativo poeta del ultraísmo– era un hombre extraño: le faltaba una pierna e iba con muletas; llevaba unas patillas pelirrojas y tenía muy malas pulgas. Se ganaba la vida escribiendo letreros para las tiendas y los cafés (...). César A. Comet era un hombre elefantiásico y muy triste que hablaba *zopas* y se le hinchaban los tobillos. Estaba empleado en Correos. Rafael Lasso de la Vega, Ramón Prieto y Jaime Ibarra se dedicaban clara y concretamente al hambre. Antonio M. Cubero era sablista oficial. Isaac

del Vando-Villar, sevillano, tenía una pensión de viajeros (González-Ruano C. 1957: 94-95).

Es verdad que había algunas excepciones: Ernesto López-Parra, Pedro Garfias, Rogelio Buendía, Gerardo Diego o el mismo Guillermo de Torre eran hombres con estudios. Sin embargo, con ese elenco era difícil que la posteridad encontrara un sitio para aposentar a tal caterva. Así ocurrió, que durante muchos años, opacados por el 27, prácticamente nadie se acordó de los Poetas del Ultra. Guillermo de Torre, que tanto se había involucrado en la aclimatación del vanguardismo en España, reconocía posteriormente que esa falta de cultura y de formación constituyó un hándicap insalvable, máxime cuando detrás llegaron los Aleixandre, los Federico García Lorca o los poetas-profesores (Diego, Alonso, Salinas, Guillén), todos ellos hombres cultivados y pertenecientes a una acomodada burguesía que en nada recordaba las estrecheces por las que atravesaban los muchachos del ultra.

El caso es que en los aledaños del ultraísmo, sin llegar a involucrarse definitivamente en él, anduvo un escritor prácticamente olvidado hoy en día, al que sus contemporáneos recuerdan con simpatía por el raro brillo de su ingenio, desgraciadamente truncado cuando solo contaba con veintiocho años de edad. Nos referimos a Alfredo de Villacián.

1. Satélite del ultra

Nada sabemos sobre su nacimiento, que algunos sitúan en Madrid y que debió producirse en torno a 1897. Cuando falleció, en marzo de 1925, las crónicas periodísticas referirán que había cumplido los veintiocho años¹. Cuentan también quienes le conocieron que era de origen acomodado y que, pese a tener la vida resuelta, decidió emprender el camino espinoso de la literatura que tan amargos sinsabores habría de ocasionarle, solo compensados por la gloria de ver en letras de molde sus escritos. Josep María de Sagarra recuerda en sus memorias que Villacián huyó de su casa para vivir «como Dios le daba a entender en el campo de la más estricta miseria» (Sagarra J.M. 1999: 819). Según Cansinos fue «por incompatibilidad con la familia» por lo que Villacián «se lanzó a la bohemia –a esa bohemia nuestra lindante con la hamponería» (Cansinos Assens R. 2005a: 189).

Según parece, Villacián era un hombre de modales aseados aunque con cierto desaliño indumentario. Su amigo Sebastià Gasch lo caracteriza de «atildado» (Gasch S. 1961: 22), pero es Josep Maria Junoy quien efectúa, con motivo de su fallecimiento, la etopeya más acabada del personaje:

¹ S.f., «Alfredo de Villacián», en *Heraldo de Madrid*, 30 marzo 1925, p. 3; s.f., «Alfredo de Villacián», en *El Imparcial*, 31 marzo 1925, p. 5.

En Villacian conservava, sempre, no gens menys, una admirable correcció. La seva elegància natural no minvava. El seu gest i les seves paraules, un xic pomposes, de cavaller es mantien, impertorbablement delicades i escollides.

No perdia mai la ingènita noblesa.

Ni –curiós fenomen coexistent– l'expressió plàstica d'una mena, diríem, de pur i despullat franciscanisme.

Aquesta expressió franciscana, a mesura que el temps li anava pegant les seves falconades mortals, s'accentuava més i més (Junoy J.M. 1925: 5).

Resulta curioso, porque el retrato que Junoy pinta es prácticamente idéntico al de Josep Maria de Sagarra, que lo conoció con anterioridad, en el Madrid ultraísta. Sagarra destaca en Villacián su prestancia señorial, su afectación expresiva y también ese punto religioso que Junoy emparenta, tal vez por la decrepitud del personaje, con la vida ascética de San Francisco. Compárese en este punto el retrato de Sagarra: «Tenía un aire fino y elegante, era de una corrección terrible y hablaba un lenguaje barroco y cogido por los pelos, que sería de una desvergonzada pedantería si no hubiese puesto en él una seriedad religiosa» (Sagarra J.M. 1999: 819).

En efecto, su hablar y su escribir debían ser especialmente rebuscados y filigranescos, lo cual pudo influir en alguno de sus rendidos admiradores. Sirva como muestra un fragmento de uno de sus primeros textos. Trata sobre el escritor griego Homero y apareció en la revista madrileña *Los Ciegos* en 1916:

Aunque la eximia quietud del panorama parezca haberse coagulado en la rotunda elegancia de unos pulidos mármoles pantélicos o en una radiante estrofa o en una transparente página amable, perseveremos en nuestras científicas suspicacias. Y una vez compuesta esta rigurosa actitud de hombre de laboratorio, avancemos con una sigilosa pisada de cazador hacia esos umbrátiles módulos que tiemblan desparramados por este atávico paisaje donde crecen, maduran y se acendran las tiernas carnes y los gratos aromas de esos frutos sencillos que fraguaron razas sabias, fuertes y equilibradas.

Vamos a tratar de sorprender esas vagas razones que –como gayos cirros irisados– flotan bajo el cerúleo arco del cielo (Villacián A. 1916b: 10)².

² Villacián dedicó a Homero otros dos artículos más en la misma revista, además de un artículo sobre Unamuno. Vid. bibliografía.

Hay, desde luego, en el texto, una honda inclinación hacia el ornato, un uso abusivo del adjetivo que matiza a cuanto sustantivo entra en liza. Guillermo de Torre que, en su etapa ultraísta, recubrió su lenguaje de una jerga hiperpoblada de esdrújulos, endosó a Villacián y a Cansinos Assens la paternidad de su estilo. En una suerte de memorias personales tituladas «Tan pronto ayer», que Torre dejó inacabadas e inéditas, reflexionó sobre sus escritos de los años veinte y aquellos que consideraba eran sus maestros: «Culpables de mi moceril barroquismo: Cansinos-Asséns y Villacián. Rehuir el estilo directo, buscar la complicación y el adorno de la prosa: un preciosismo verbal que resulte adecuado cuando no se quiere decir nada, pero absolutamente impropio cuando se pretende decir algo. Mayor atención a cómo se dice una cosa, que a la sustancia de lo que se dice»³.

Guillermo de Torre, nos parece, trata de exculparse de unas penas que son estrictamente personales porque los escritos de Alfredo de Villacián, aunque amantes del arabesco, no llegan ni de lejos a la intrincada maraña expresiva en que se convirtieron muchas de las prosas y poemas juveniles que el autor de *Hélices* desperdigó por revistas como *Cosmópolis*, *Ultra*, *Grecia* o *Tableros*.

En todo caso, todos los que trataron a Villacián coinciden en destacar su tendencia a la pedantería y el preciosismo. Esto ha llevado a incluirlo en lo que Josep María Planes denominó «periodismo decorativo». Una escuela, recuerda Josep Maria Casasús, surgida en Barcelona en la década de los veinte y en la que, junto al propio Planes, se contarían personajes como «Joan Tomàs, Alfredo de Villacián, Paco Madrid, Josep María Junoy, Josep Maria de Sagarra o incluso Josep Pla y Carles Soldevila, y Llorenç Villalonga, en Mallorca» (Casasús J.M. 1997: 20).

El texto que seleccionamos de Villacián nos revela también otros aspectos destacables de su personalidad. Su precocidad como escritor, pues por entonces rondaría los veinte años, así como la sorprendente erudición de la que hace gala, en este caso de la cultura helénica. Justamente Sagarra destaca su interés por el arte, la literatura y de manera especial la filosofía: «Hablaban siempre de los libros de Freud y sentía un respeto patético por todas las aberraciones humanas y literarias» (Sagarra J.M. 1999: 819).

Guillermo de Torre debió conocer a Villacián en torno a 1918. Este, no obstante, ya se movía por los ambientes literarios capitalinos desde algún tiempo atrás. En junio de 1917 asiste a la clausura de la temporada en Pombo, en donde Ramón Gómez de la Serna homenajea a Pablo Picasso, de paso por España para presentar las decoraciones con que acompañaba a los ballets rusos⁴. Asiduo a la tertulia de Ramón, el inventor de las greguerías lo retrata en las páginas de su libro

³ Guillermo de Torre, «Tan pronto ayer», «Deslumbramientos», 1945. Algunos de estos fragmentos se publicaron en *Abc Cultural*, 26 agosto 2000, pp. 6-7. Nosotros citamos por unas copias que amablemente nos proporcionó don Miguel de Torre Borges, hijo de Guillermo de Torre. En otro texto inédito titulado «Para las memorias del ultraísmo», fechado en 1943, Torre vuelve en un par de ocasiones sobre la influencia de Villacián en su estilo: «mi estilo colmado de esdrújulos –¿de quién venía? ¿de Villacián? ¿de Bacarisse?»; «Un barroquismo exasperado, venido no sé de dónde (Villacián) me dominaba».

⁴ S.f., «Banquete en Pombo», en *La Correspondencia de España*, 7 junio 1917, p. 6.

Pombo. Allí nos presenta a un Villacián bifronte, dueño de una personalidad escindida que bien podría orientarle hacia la excelencia pero que también puede arrastrar sus huesos hacia la inmundicia: «En sus ojos de perro hay una nota de inteligencia voraz y temible y, sin embargo, digna de altas esperanzas. Se le ve ansioso de molicie, de confort, de importancia, ansioso de figurar. Pudiendo ser un rebelde, va a ser un cuco» (Gómez de la Serna R. 1999: 144).

Villacián rindió pleitesía también al otro gran gurú de la escena literaria madrileña: Rafael Cansinos Assens, máximo competidor de Gómez de la Serna a la hora de hacerse con la primacía tertuliana entre los jóvenes artistas de la capital. Villacián acude en diciembre de 1917 al restaurante Casersa para festejar la aparición de los dos tomos de crítica de *La nueva literatura*. Según relatan las crónicas de la época, para honrar a Cansinos asiste una «numerosa y escogida concurrencia» que «prueba bien los entusiasmos y simpatías que ha sabido conquistarse entre nuestros jóvenes intelectuales»⁵. Esa simpatía debía ser mutua, pues Villacián se cuele por diversos pasajes de las memorias de Cansinos y siempre para recibir la alabanza y la distinción del «maestro». Cansinos admira, por ejemplo, el temple y la madurez que demuestra el joven Villacián cuando se enfrenta a sañudos personajes como Heliodoro Puche o Juan González Olmedilla. En *La novela de un literato* lo presenta como un joven culto y serio «que publica en *La Tribuna* unos artículos largos, de prosa apretada y barroca, incrustada de citas y nombres exóticos» (Cansinos Assens R. 2005a: 163). Cansinos destaca también en Villacián el respeto que demostraba hacia quienes consideraba eran sus maestros –Ramón, Valle-Inclán, Ortega o el propio Cansinos–, ante quienes opinaba con timidez y a los que pedía permiso para sentarse. Sagarra lo recuerda precisamente como alumno de Ortega cuando lo conoció en 1917 en el madrileño Café Colonial⁶.

Alfredo de Villacián será asiduo tertuliano de la reunión que los sábados por la noche mantenía Cansinos en dicho café. Pero antes de hablar de ello, debemos hacer mención todavía a otro padrino bajo el que Villacián se cobija. En este caso no se trata precisamente de una compañía muy recomendable, como le hace notar el poeta murciano Heliodoro Puche. Cuenta Cansinos que Villacián trabajaba como secretario para el escritor pornográfico Antonio de Hoyos, hombre de vida taciturna y lujuriosa que interesaba a nuestro autor por su «psicología anormal», digna de ser trasladada a una novela (Cansinos Assens R. 2005a: 190). Debemos recordar que Antonio de Hoyos era homosexual y que, para sorpresa de la época, no se privaba de hacer pública ostentación de ello.

Otro personaje de los bajos fondos con el que Villacián confraterniza es el novelista Alfonso Vidal y Planas. En marzo de 1918 es uno de los comisionados

⁵ S.f., «Banquete a Cansinos Assens», en *La Correspondencia de España*, 23 diciembre 1917, p. 7.

⁶ Josep Maria de Sagarra, «Recordatori. Dos espanyols singulars», en *La Publicitat*, 5 abril 1925, p. 1. Sagarra reprodujo posteriormente este artículo en sus *Memorias*, aunque allí excluye el pasaje referido al magisterio de Ortega.

para organizar un homenaje a este conspicuo representante de la más acendrada bohemia tras el éxito obtenido con su libro *Tristezas de la cárcel*. El «evento» tuvo lugar en el Restaurante Inglés y acompañaron a Villacián en la organización del festín «D. Basilio Álvarez, D. Alberto Ghirardo, D. Rafael Lasso de la Vega, D. Juan González Olmedilla y D. Heliodoro Puche»⁷. Nombres muchos de ellos que se dejarán ver poco después por las revistas «d'avant-garde».

El café Colonial fue para los ultraístas españoles el equivalente del Cabaret Voltaire dadaísta. Seguramente no tenía el glamour del que disponía el café suizo, pero en cambio se trataba de un lugar pleno de actividad, pues estaba abierto prácticamente las 24 horas del día. Lo cierto es que las descripciones que nos han llegado de él no muestran muchos puntos concordantes. Para unos era un lugar mítico, otros en cambio lo motejan de garito inmundo. Un joven Borges deslumbrado por la figura de Cansinos cuenta en una carta enviada a Adriano del Valle que acudió al cenáculo literario acompañado por Pedro Garfias y que el Colonial le pareció «un café lleno de luces y espejos que lo ensanchan, que lo hacen infinito, que multiplican las luces de oro, que fructifican los racimos de rostros, que le dan algo de laberinto, algo de estar en el centro del universo, de partir de las neblinas de la prehistoria y marchar hacia las venideras auroras» (Borges J.L. 2002: 406).

Sagarra, en cambio, desnuda de romanticismo aquellas dependencias, porque El Colonial era, en realidad, «el colador de la más excitada bohemia», el lugar adonde acudían a las cuatro o las cinco de la mañana unos poetas a los que «la falta de alimento y el exceso de coñac habían dejado con la cara pegada en la grasa de las mesitas de mármol» (Sagarra J.M. 1999: 810-811). Según parece, El Colonial no era precisamente un local al que pudieran concurrir las familias con sus niños, por lo menos en horario nocturno.

En aquel ambiente rodeado de espejos y de luces y poblado por unos divanes rojos que a Eugenio Montes le parecían «elefantes indios con rojas gualdrapas» (Videla G. 1963: 29), se oficiaba cada sábado una entretenida tertulia. Villacián era uno de los contertulios habituales, según recuerdan el poeta ultraísta Pedro Garfias y el mismo Cansinos. Jorge Luis Borges detalla en sus memorias el desarrollo de aquellas veladas en las que «Cansinos proponía un tema» y no «permitía alusiones hostiles a escritores contemporáneos», mientras mantenía «la charla en un nivel elevado» (Borges J.L. 1999: 42). Veinte o treinta personas discutían sobre la metáfora, el verso libre o el adjetivo, y la conversación se prolongaba hasta altas horas de la madrugada. Después, los más resistentes, con un cierto punto de ebriedad, acompañaban al Maestro en su paseo por el viaducto madrileño de camino hacia su casa, en el barrio de la Morería.

Villacián, según recuerda Josep María de Sagarra, también fue visto en algunas madrugadas acompañando «por barrios imposibles» (Sagarra J.M. 1999:

⁷ S. f., «Banquete a Vidal y Planas», en *El País*, 8 marzo 1918, p. 3.

796) a otro escritor en declive: Eugenio Noel, famoso por su activismo enfurecido en contra de las corridas de toros⁸.

El caso es que en las mesas del Colonial se redactó, a finales de 1918, el primer manifiesto del ultra. Un texto breve y genérico que dio carta de naturaleza a un movimiento que habría de desarrollarse en los dos o tres años siguientes para perecer después sin apenas dejar rastro. Bajo el patrocinio de Rafael Cansinos Assens, el manifiesto iba firmado por algunos asiduos concurrentes del Café Colonial: Xavier Bóveda, César A. Comet, Guillermo de Torre, Fernando Iglesias, Pedro Iglesias Caballero, Pedro Garfias, J. Rivas Panedas y J. de Aroca. Torre revelaría posteriormente que su firma fue incluida sin siquiera ser consultado, dando por hecho su involucramiento con el grupo. Joaquín Marco apunta la idea de que «Mauricio Bacarisse y Alfredo de Villacián, pese a profesar parecidas ideas, no firmaron el documento ya que fueron excluidos por Cansinos al ser amigos de Huidobro» (Marco J. 1980: 153). Lo cierto es que el manifiesto tiene pinta de haber sido elaborado con cierta premura, pues alguno de los firmantes eran meros transeúntes del Colonial sin obra conocida.

Aunque Alfredo de Villacián estuvo en los albores del ultra, la verdad es que su pluma no se dejó ver en las revistas más importantes del movimiento. Ello no quita que, conocedores de su talento, y sobre todo de sus conocimientos artísticos, algunos pensarán que estaba llamado a convertirse en su ideólogo más eficaz. Así lo pensaba Pedro Garfias, que al echar la vista atrás y contemplar el recorrido del ultraísmo recordará a Villacián como «un muchacho pálido, mal vestido, con cara de hambre y con unos ojillos negros obsesionantes [que] (...) por entonces publicaba en *La Tribuna* unos artículos sobre literatura, de rara erudición. Todos acariciábamos la idea de que este escritor, casi de nuestra edad, tan magníficamente preparado, fuese el teorizante de nuestro movimiento. Pero un día desapareció» (Garfias P. 1934: 6).

Tal desaparición tiene que ver, como enseguida veremos, con su marcha a Barcelona.

Pero antes de ese desplazamiento, Villacián, en compañía de Guillermo de Torre y de Mauricio Bacarisse, será uno de los primeros españoles que tenga la fortuna de contemplar los frutos del cubismo literario en la casa madrileña de Vicente Huidobro⁹. El poeta chileno se asentó allí en 1918 con la idea de evitar en

⁸ Escribe M. González de la Torre: «El Café de la Concepción fue su refugio nocturno cuando ya habían desaparecido los antiguos conciertos en los otros de Madrid: allí iba, por las noches, a escuchar a Corvino. Eugenio Noel es un conversador vario, incansable, interesante. En el viejo local de la Corredera Baja pronto se le reúnen en tertulia donde nadie discute su vibrante magisterio Juanito González Olmedilla, Mauricio Bacarisse, Juan José Llovet, Alfredo Villacián, Fernando Díaz, Eutiquio Aragonés...» (González de la Torre M. 1945: 22).

⁹ Escribe Joaquín de la Escosura: «Cuando a últimos de 1918 llega de París a Madrid Vicente Huidobro, trayéndonos en su valija diplomática –que dijo Cansinos– el creacionismo, Guillermo forma, en unión de Mauricio Bacarisse y Alfredo de Villacián, la cohorte de sus íntimos, siendo de los primeros en comprender, amar y difundir sus paradigmas creacionistas» (Escosura J. 1920: 90). Guillermo de Torre escribirá a su vez en *Literaturas europeas de vanguardia*: «Vicente Huidobro que procedente de su país llegó a París, por vez primera, en 1916, a su regreso a Madrid en el otoño de 1918, trasladó en ésta, a un círculo estrecho de amigos, las teorías

la medida de lo posible los estragos de la Primera Guerra Mundial que hacían mella por entonces sobre París, y para ello alquiló un piso en pleno centro de Madrid, en la Plaza de Oriente No. 6. Por allí pasaba con asiduidad Alfredo de Villacián, y fue en aquella casa donde contempló obras tan delicadas como *La Prose du Transibérien et de la petite Jeanne de France* (1913), escrita por Blaise Cendrars e ilustrada por Sonia Delaunay. Esta pintora y su esposo Robert Delaunay también se refugiaron en Madrid y eran contertulios habituales de Vicente Huidobro. Los dos habían tratado directamente a Guillaume Apollinaire y traían de París obras de gran interés que causarían impacto en el joven Villacián: guardaban, por ejemplo, las pruebas de imprenta de *Alcools* y *Caligrammes*, con correcciones manuscritas del propio Apollinaire. Con razón escribirá posteriormente Guillermo de Torre que en la casa de Huidobro «se incubó el óvulo ultraísta» (Torre G. 1961a: 117). El mismo Torre recordará en sus proyectadas memorias que «un primer atisbo de lo moderno» (Zuleta E. 1993: 9) le llegó a través de su relación con Alfredo de Villacián, quien debía ir en este punto un paso por delante de él.

Una de las fuentes de las que bebió el ultraísmo, junto con otros aditivos proporcionados por el futurismo o el dadaísmo, fue del creacionismo de Huidobro. Según recuerda el chileno fue en su vivienda madrileña donde el autor de *Hélices* aprendió los rudimentos de esta estética: «Supongo que no ha olvidado usted todas las veces que a solas y otras en presencia de Villacián, que está allí como testigo, le explicaba cariñosamente mis versos y le iniciaba en el creacionismo» (Morelli G. 2008: 74)¹⁰.

No vamos a entrar aquí a resolver la polémica de si el creacionismo fue una invención del poeta chileno o una simple traslación al español del cubismo francés, asunto por el que pelearon Huidobro y Torre durante años sin alcanzar una solución convincente. Nos interesa recordar que también Huidobro quedó prendado por el genio de Alfredo de Villacián, hasta el punto de considerarle uno de

y las sugerencias estéticas que venía de captar en el encrespado y vivaz ambiente parisino. Y dejó caer entre el reguero de sus interesantes libros, una etiqueta que al pronto nos pareció mágica: creacionismo. (...) Sus teorías (?), sus libros, su entusiasmo y su fervor admirable y juvenil, (¿verdad, Mauricio Bacarisse, Carlos Fernández Cid y tú el más agudo, aunque voluntariamente frustrado, Alfredo de Villacián?), hubiesen pasado totalmente desapercibidos en el frío ambiente madrileño de no haber hallado el eco próximo y la curiosidad cordial que le ofrecíamos unos pocos poetas jóvenes; y también Cansinos-Assens que tras un momento de desconcierto se repuso y devino su más fervoroso turiferario, consagrándole estudios y apologías a granel» (Torre G. 2001: 77-78).

¹⁰ Carta de Vicente Huidobro a Guillermo de Torre, 17 agosto 1920. Guillermo de Torre publicó un artículo muy poco caballeroso con Vicente Huidobro, al que hizo continuador de la poesía modernista de Julio Herrera Reissig («Los verdaderos antecedentes líricos del creacionismo en Vicente Huidobro. Un genial e incógnito precursor uruguayo: Julio Herrera y Reissig», *Alfar*, 32, septiembre 1923, pp. 14-18). Revestido de ironía, el chileno le replicó con «Al fin se descubre mi maestro» (*Alfar*, 39, La Coruña, abril 1924, pp. 21-25). Allí Huidobro evoca de nuevo las tertulias en su casa madrileña: «El inefable Guillermo empezó a venir por las tardes a mi casa de la Plaza de Oriente y ahí de su conversación profunda aprendí todos los secretos de la poesía moderna. Esto pasaba en 1918, en los tres meses que yo viví en Madrid. ¿Recuerda usted mi querido Bacarisse y usted mi querido Villacián, las lecciones de estética moderna que me daba Guillermo de Torre y cómo se me alargaron las orejas de oírlo y no querer perder una sílaba de sus labios?». Torre contestará en el mismo número a Huidobro con «Rasgos polémicos» (pp. 26-30).

sus más aventajados discípulos, o al menos de los que mejor entendían su arte. Preguntado Huidobro por César González-Ruano sobre los escritores que mejor asimilaban el creacionismo a su paso por España en 1918, el autor de *Hallali* destacará la figura de Alfredo Villacián [sic], a quien define como «un muchacho muy inteligente, muy rápido de comprensión» (González-Ruano C. 1931: 1).

Villacián se cuela por la correspondencia de Vicente Huidobro con Guillermo de Torre, editada en los últimos años por el profesor Gabriele Morelli. Por carta del 28 de diciembre de 1918, Torre informa a Huidobro de que el grupo de amigos que se reunía en su casa se había disgregado tras su reciente marcha. Confía en que el «afín Villacián» pueda escribir algo interesante sobre el creacionismo y su mentor, después de que Cansinos hubiera publicado varios artículos relacionados con las últimas corrientes estéticas. Con su peculiar jerga expresiva, un tanto abstrusa, Torre apunta que por entonces Villacián «piruetea ideológicamente giróvago» (Morelli G. 2008: 7). En su carta de contestación, fechada en marzo de 1919, Huidobro se queja de que Villacián, «ese hombre pérfido, no me ha escrito» (Morelli G. 2008: 8). En efecto, uno de los rasgos que suelen resaltar en nuestro autor quienes le conocieron es su extremada indolencia, que le hacía preferir el deambuleo por las tascas madrileñas al cultivo de la escritura. En sus memorias, Sagarra dice que «tenía una pereza oriental (...) que ante las cosas le hacía adoptar la actitud del chino Lao-Tse» (Sagarra J.M. 1999: 819)¹¹.

El propio Villacián hace pública contrición por esta vagancia congénita. En la única carta suya conservada en la Fundación Vicente Huidobro, sin fecha pero probablemente escrita en 1920, se excusa ante el chileno por la morosidad con que resuelve sus oficios. En la misiva rinde honores a Huidobro a quien reconoce como «una de mis mayores estimaciones literarias y personales». Además, le agradece «el conocimiento del arte nuevo y el placer de la amistad profunda». Por otra parte, Villacián entra de modo indirecto en la polémica que por entonces Guillermo de Torre mantenía con Huidobro acerca de la paternidad del creacionismo. En esta querrela, Villacián se manifiesta fiel al maestro: «Con disgusto leí unas cuantas majaderías de aquellos muchachos de Madrid, tan incomprensivos de la claridad de sus lecciones de usted. Creo que no habrán promovido una amargura en el alma de usted...»¹².

¹¹ Resulta verosímil la apreciación de Carlos García cuando estima que la siguiente referencia de Guillermo de Torre en una carta a Juan Ramón Jiménez se refiere a Alfredo de Villacián: «Recuerdo ahora, cómo reprochando a un poeta amigo su abandono frecuente de las tareas literarias, contrastando con su ambición mundana de polarizarse en un dinamismo accional, hubo de advertirme, con cierta jactancia de profecía estética, que su inspiración fluía más libremente ante cualquier espectáculo vital, que en la soledad y en el estatismo de su despacho» (García C. 2006: 57). El mismo Torre escribe a Vicente Huidobro el 22 de junio de 1919: «Villacián, el eterno giróvago, continúa dilapidando vitalmente su talento sin querer hallar un núcleo receptacular. Le leí la carta de usted y entonces hizo intención de escribirle. Pero creo que hasta ahora no ha pasado de ahí» (Morelli G. 2008: 12).

¹² Carta de Alfredo de Villacián a Vicente Huidobro, s.f. (Fundación Vicente Huidobro, Santiago de Chile, sign. CC 272).

La carta, compuesta con una caligrafía excelente y de gran claridad,¹³ está rubricada sobre papel del «Ateneo Barcelonés». Justamente la Capital Condal será la nueva estación adonde dirija sus pasos el inquieto Villacián.

2. Auge barcelonés

Probablemente por motivos laborales, a comienzos de 1920 Alfredo de Villacián se traslada a Barcelona y allí rápidamente comienza a colaborar en el diario vespertino *La Publicidad*¹⁴. Sus años barceloneses serán con diferencia los más creativos de su carrera, aunque como ya sucediera en su etapa anterior, su genio no se prodiga en exceso.

El periodista Braulio Solsona recuerda su aposentamiento en Barcelona de este modo:

La bohemia literaria madrileña envió a Barcelona un representante insólito. Se llamaba Alfredo de Villacián, y era pulcro escribiendo, atildado en el vestir y correcto en el trato. A pesar de no saber una palabra de catalán tuvo inmediato acceso a las reuniones de intelectuales barceloneses, incluso a la famosa Peña del Ateneo, donde la entrada era difícil. Escribía bien, pero poco. Su fuerte no era la productividad. Pasaba la mayor parte del tiempo charlando en el café o dando paseos por la Rambla (Solsona B. 1970: 61).

En Barcelona entabla amistad con el grupo de colaboradores de *La Publicidad*, interesados como él en el arte y la literatura, también por la holganza y el vagabundeo etílico hasta altas horas de la madrugada. Sus amigos se llaman Sebastià Gasch, Josep Maria de Sagarra, Josep Pla, Josep F. Rafols o Josep Maria Junoy, firmas todas ellas habituales del periódico.

No es mucho lo que hemos encontrado escrito por Villacián en *La Publicidad*. Es probable que escribiera más y que lo hiciera sin firma. De hecho, a Vicente Huidobro, en la carta que venimos citando, le comenta que en aquellos momentos se estaba «dedicado a lo pintoresco y a lo cotidiano», y que llevaba «una vida crudamente profesional, sin poder atender a las entelequias».

De los artículos que escribe se pueden extraer algunas conclusiones. En primer lugar, que su periodismo se caracteriza por la búsqueda de la elegancia.

¹³ El de la caligrafía es un rasgo que Josep Pla destaca en Villacián: «Cuando el truco para ganar oposiciones sea la caligrafía, avísenme. Yo y mi amigo Alfredo de Villacián somos plaza segura» (Pla J. 1921: 1). Sagarra, por su parte, recuerda que Villacián escribía con «letras de misal» (Sagarra J.M. 1999: 819).

¹⁴ El 8 de marzo de 1920, Guillermo de Torre informa a Vicente Huidobro de que «Villacián está en *La Publicidad* de Barcelona: Paseo de Gracia, 9» (Morelli G. 2008: 38). El 9 de marzo lo encontramos en las páginas de este diario colaborando con cinco pesetas en una campaña de ayuda a los periodistas vieneses (S.f., «Los periodistas vieneses están hambrientos», en *La Publicidad*, 9 marzo 1920, p. 1).

Nos encontramos, como ha señalado alguno de sus amigos, ante un orfebre de la palabra. En sus temas prima sobre todo la crónica cultural, bien referida al mundo de la pintura o al de la literatura. En Barcelona, Villacián se hace asiduo de las galerías Dalmau y a sus exposiciones vanguardistas dedica varias aproximaciones¹⁵. También orienta su pluma hacia asuntos más mundanos como una fiesta en el Ritz en honor del recién elegido presidente de México: Álvaro Obregón¹⁶; o al paso por la ciudad del actor Maurice Chevalier¹⁷.

Los artículos de Villacián son profusos en citas y referencias culturalistas y no es raro encontrar en ellos la advocación de autoridades como Ortega y Gasset o Xènius (Eugenio D'Ors). Su prosa continúa siendo preciosista, aunque algo menos recargada de lo que era en sus comienzos. El uso de adjetivos es ahora mucho más matizado y preciso. Se atisba, en este sentido, una mayor madurez y un dominio más asentado del arte de escribir.

Villacián se asienta con relativa facilidad en la sociedad catalana, hasta el punto de convertirse rápidamente en un rendido admirador de su cultura. En *La Veu de Catalunya*, Josep Maria Junoy escribirá que Villacián era «*un gran amic de Catalunya, un entusiasta de les coses d'esperit de Catalunya*» (Junoy J.M. 1925:5). Villacián consideraba a Cataluña una entidad propia, un país con unos rasgos muy definidos y escribía cosas del siguiente tenor: «entre Francia y Cataluña hay una constancia de vínculos fraternales. Los Pirineos son permeables a las comunicaciones de amistad. Las voces magistrales de Francia tienen una resonancia en corazones catalanes. París es nuestra aula. Allí aprendimos filosofía, política y pintura. (Siempre nostálgicos de nuestro paisaje alcióneo. Somos epígonos, conservando nuestras raíces. Ahí está nuestra pintura que no es sino un distrito de la pintura francesa, más urbanizada» (Villacián A. 1920: 1).

La pintura que se hacía en Cataluña le parecía a Villacián puntera y renovadora, en tanto encontraba Madrid mucho más conservador y academicista. Con motivo de una exposición de Joaquin Sunyer en las dependencias de la Sociedad de Amigos del Arte, Villacián realiza las siguientes consideraciones en el *Heraldo de Madrid*, pocos días antes de morir:

En el mapa artístico de la España contemporánea se han destacado tres ciudades como órganos productores y elaboradores de formas de belleza: Barcelona, Bilbao y Madrid. Es en estas tres urbes donde radican las funciones de la estética nacional: inventoras y experimentales en Barcelona y en Bilbao, más contiguas a Europa; conservadoras y rituales

¹⁵ Alfredo de Villacián, «Informaciones arbitrarias. Ante unos cuadros cubistas...», en *La Publicidad*, 4 noviembre 1920, p. 1; A. de Villacián, «Informaciones arbitrarias. Exégesis de algunos poliedros», en *La Publicidad*, 18 noviembre 1920, p. 1.

¹⁶ Alfredo de Villacián, «Crónicas del buen tono. Una fiesta de amistad en el Hotel Ritz», en *La Publicidad*, 14 diciembre 1920, p. 1.

¹⁷ Alfredo de Villacián, «Informaciones arbitrarias. El arte de Maurice Chevalier», en *La Publicidad*, 6 diciembre 1920, p. 1.

en Madrid, escasamente permeable a las corrientes nuevas. Nuestra ciudad carpetovetónica –que diría «El espectador»– ha fracasado como instrumento de capitalidad del arte peninsular. Madrid no es un laboratorio de estilos ni un venero de ensayos plásticos, sino un depósito que no siempre tiene el rango de museo, ya que la promiscuidad de sus certámenes llega a lo crapuloso en muchas ocasiones (Villacián A. 1925: 5).

Con tales ideas no es raro que Villacián hubiera huido de Madrid para aposentarse en una ciudad que consideraba mucho más cosmopolita y abierta de espíritu, aunque también es cierto que Barcelona no colmaba todas sus expectativas. A Vicente Huidobro le confiesa su deseo de emigrar a Estados Unidos porque le abruma «la atmósfera de España». En el continente americano estima que «el esfuerzo es premiado, con arreglo a otra jerarquía más digna». Un impedimento juega, no obstante, en su contra: la carencia de fondos con los que sufragar el viaje. Por ello, sabedor de que Huidobro tenía buenos contactos en París, le pide orientaciones y consejos para poder obtener un trabajo en la capital gala, aunque fuera de tipo «burocrático», lo cual le permitiría dejar atrás el «ambiente sin estímulos» en el que se movía y que era causante de su embrutecimiento.

No tenemos noticias de que Huidobro contestara favorablemente a los requerimientos de Villacián, que prosiguió con su vida en Barcelona hasta finales de 1924. Lo que sí sabemos es que en la capital catalana se dio, como ya había hecho en Madrid, a la vida bohemia.

Lo recuerdan sus amigos barceloneses en las distintas semblanzas que han trazado del escritor madrileño. Josep Maria de Sagarra resumirá poéticamente su viacrucis catalán diciendo que sufrió «todos los martirios del bar literario de la madrugada» (Sagarra J.M. 1999: 819). Sebastià Gasch, por su parte, lo sitúa en la Casa Parés, un restaurante ubicado en la calle de San Jerónimo adonde acudían habitualmente artistas de variado pelaje. También, recuerda Gasch, los periodistas eran asiduos visitantes y entre ellos Alfredo de Villacián, quien «publicaba unas crónicas finísimas en *La Publicidad* de los años veinte, se drogaba, y cuando las drogas producían su efecto, se zampaba las costillas con furia epiléptica y canibalesca» (Gasch S. 1961: 22).

Josep Maria Junoy hace un recuento más detallado de los locales por donde discurría aquella bohemia barcelonesa a la que Villacián se adaptó con singular facilidad:

Sin llegar a formar «peña», al dispersarnos del «Lyon d'Or», nos veíamos en lugares muy distintos, y, por no decir muy opuestos: en el bar del «Excelsior» o del «Principal Palace» y en la cripta del Refectorium, con José María de Sagarra (...), con el entrañable Manuel

Brunet y con Manolo Hugué (...). Jules Romain, Albert Gleizes y Francis Picabia rondaban también por allí. Nos cruzábamos con Maurice Chevalier –con su sombrero de paja ladeado, amarillo de limón- y nos deteníamos no pocas veces, a tomar un «cock-tail» con las «girls» de las revistas de Bayés (...) José Pla (...) y un joven periodista madrileño, Alfredo de Villacián –que se había aclimatado a las noches barcelonesas-, perfilaba y orfebraba sus amables «Ecos» en *La Publicidad* marítima de los Toyá (Junoy J.M. 1955: 6).

Es, sin embargo, Braulio Solsona quien pinta de Villacián un cuadro más degradado de su personalidad. Refiere este periodista que «como sus recursos económicos eran muy escasos apeló a la esgrima para vivir» (Solsona B. 1970:62). Narra, en este sentido, un episodio protagonizado por Villacián nada edificante. Según parece entabló amistad en la Peña del Ateneo con un empresario apellidado Camps Margarit a quien pidió cinco pesetas que este tuvo a bien concederle. La petición se hizo a partir de ese momento habitual hasta que el empresario, cansado, le espetó: «Mi querido amigo, no se moleste ni se ponga en hidalgo ofendido. Pero dígame en confianza si va a necesitar todos los días mis cinco pesetas, y yo trabajaré un poco más para ganar un duro» (Solsona B. 1970: 62).

Según parece, Villacián captó el mensaje y cambió en consecuencia de benefactor.

Tras estos avatares, sin que sepamos las razones, Villacián decidió regresar a la Villa y Corte, de tal manera que a comienzos de 1925 lo encontramos colaborando en las páginas del *Heraldo de Madrid*¹⁸.

3. Caída madrileña

Al poco de regresar a Madrid cumplimentó con la visita de rigor al maestro Cansinos. Este lo encontró muy desmejorado, parecía «un espectro de sí mismo; flaco, demacrado, con ojos febriles y voz ronca de tuberculoso» (Cansinos Assens R. 2005b: 277). Villacián le hizo partícipe del malvivir que había conocido durante su estancia en Barcelona, en donde se había dejado arrastrar por «una bohemia absurda, una vida de *cabaret*, entre mujeres morfinómanas y artistas exaltados... Una cosa de locura...» (Cansinos Assens R. 2005b: 277).

Su vida, si cabe, se complicó más porque al poco de regresar a Madrid fue detenido y pasó encerrado en la Modelo quince días. Las razones rocambolescas de su ingreso en prisión se las cuenta Villacián a Cansinos y este las reproduce en la tercera parte de sus memorias, en un capitulillo titulado «Villacián reaparece».

¹⁸ Alfredo de Villacián, «Efigies. Gabriela Mistral», en *Heraldo de Madrid*, 1 enero 1925, p. 4.

Según se narra allí, el joven periodista fue conducido a las dependencias policiales sin ser informado en ningún momento de las razones de su cautiverio. Merced a las gestiones que hizo su familia con algún pariente cercano a las autoridades militares posteriormente supo que lo que le había conducido a la cárcel era un delito de prensa, relacionado con algún artículo publicado en Barcelona, pero que ya había prescrito. En consecuencia fue puesto en libertad, aunque sobre Villacián perduraron importantes secuelas que le imposibilitaban conciliar el sueño.

Poco después de este sucedido se topó con el pintor Joaquim Sunyer que lo encontró hecho «un espectro borroso por la cocaína», una extraña presencia que «hablaba y pensaba con una lentitud imprecisa» (Sagarra J.M. 1999: 820). Todo esto debió suceder a finales de 1924 o comienzos de 1925. Su peregrinar no se prolongó mucho más ya que falleció en Madrid el domingo 29 de marzo de 1925¹⁹.

Dotado de una chispa y un ingenio especial, Alfredo de Villacián fue una estrella fugaz en el firmamento literario español, una promesa que no llegó a desplegar todo el talento que atesoraba en su interior. Su amigo y admirador Guillermo de Torre, al recordar su paso por la casa madrileña de Huidobro, concluirá que en Villacián se atisbaba «el ingenio más abierto al futuro, si cierto amoralismo ingenuo, cierta bohemia trasnochada no hubieran esterilizado su gran talento y malogrado sus cortos días» (Torre G. 1961b: 117).

Algo parecido pensaba Sagarra que veía en Villacián un «monstruo de la alucinación literaria, del esnobismo de los papeles, de la imbécil ‘modernidad’», una especie de suicida que había sacrificado su juventud «lanzándose, de una manera desinteresada, por el camino de en medio sin ninguna clase de piedad para consigo mismo» (Sagarra J.M. 1999: 820).

Como ocurriera con el infortunado José de Ciria y Escalante, no faltó quien propusiera editar un libro en el que se recolectara su breve quehacer. En la necrológica del amigo, Junoy escribió:

En la col·lecció de «La Publicidad» antiga –(edició de la nit) on col·laborava quotidianament, hi ha un centenar de belles pàgines a recollir, riques d’anècdota, brillants de decoració, comprensives de doctrina, que fora de raó i de justícia –i, sobretot, de delicadesa- de recollir en un petit volum.

Tots els que en vida fórem els seus amics, i, espiritualment, els seus deutors –(entre aquests figura gairebé tot el nostre món de les lletres i de les arts)– em sembla que han una pròpia idea llur.

L’edició d’aquestes pàgines pòstumes de l’Alfredo de Villacian hauria de

¹⁹ En su indispensable *Diccionario de las vanguardias en España 1907-1936*, Juan Manuel Bonet (Bonet J.M. 2007: 627) lo hace morir en Barcelona y lo considera poeta, aunque nosotros no hemos hallado ningún verso suyo. Ello no obsta para que el breve artículo de Bonet esté repleto de información interesante y fidedigna que nos ha servido de orientación en nuestra búsqueda.

fer-se per subscripció. Qui més qui menys, cap escriptor, cap artista català hi hauria de faltar. El pobre amic traspasat que, en vida, fou víctima d'un lamentable destí, ja no demana res a ningú, ara (Junoy J.M. 1925:5).

Desgraciadamente, Villacián no tuvo la suerte del malhadado Ciria, por lo que para la historia de la literatura española se ha convertido en un espectro sobre el que se proyectan numerosas sombras que este artículo aspira a disipar al menos en parte. No deja de ser una pequeña contribución a desmadejar un ovillo en el que restan numerosos nudos por desatar y, probablemente, inesperados enigmas en forma de cabos sueltos que habrá que intentar anudar. Queda de este modo para sucesivas calas el desvelamiento de una personalidad que muy bien pudiera figurar en obras como *Los raros* de Rubén Darío o, más próximos en el tiempo, entre los *Desgarrados y excéntricos* arracimados por Juan Manuel de Prada.

BIBLIOGRAFÍA

- Bonet Juan Manuel, *Diccionario de las vanguardias en España 1907-1936*, Madrid, Alianza Editorial, 2007.
- Borges Jorge Luis, *Un ensayo autobiográfico*, Barcelona, Emecé, 1999.
- Borges Jorge Luis, *Textos Recobrados 1919-1929*, Barcelona, Emecé Editores, 2002.
- Cansinos Assens Rafael, *La novela de un literato*, II, Madrid, Alianza Editorial, 2005a.
- Cansinos Assens Rafael, *La novela de un literato*, III, Madrid, Alianza Editorial, 2005b.
- Casasús, Josep Maria, «Gasch actual», en *La Vanguardia*, 13 octubre 1997, p. 20.
- Escosura Joaquín de la, «Galería crítica de poetas del ultra. Guillermo de Torre», *Cervantes*, octubre 1920, p. 90
- García Carlos, *Juan Ramón Jiménez – Correspondencia – Guillermo de Torre 1920-1956*, Madrid / Fráncfort, Iberoamericana / Vervuert, 2006.
- Garfias Pedro, «Del ultraísmo. V. In memoriam», en *Heraldo de Madrid*, 14 junio 1934, p. 6.
- Gasch Sebastià, «Arte y letras en el Distrito V», *Destino*, No. 1235, abril 1961, p. 22.
- Gómez de la Serna Ramón, *Pombo*, Madrid, Visor Libros, 1999.
- González de la Torre M., «Eugenio Noel. Torrencial y excesivo», *La Estafeta Literaria*, No. 19, 1 enero 1945, p. 22.
- González-Ruano César, «Poesía y verdad. Vicente Huidobro, el que trajo las gallinas», *Heraldo de Madrid*, 6 enero 1931, p. 1.
- González-Ruano César, *Memorias. Mi medio siglo se confiesa a medias*, Barcelona,

Editorial Noguer, 1957.

Jiménez Juan Ramón, «Tres poemas inéditos», *Reflector*, No. 1, diciembre 1920, pp. 2-3.

Junoy Josep Maria, «Les Idees i les Imatges. Del llibre de l'amistat i de la mort: Alfredo de Villacian», *La Veu de Catalunya*, 9 agosto 1925, p. 5.

Junoy Josep Maria, «Nuestro "Lyon D'Or"», *Destino*, Nos. 913-916, febrero 1955, pp. 3-6.

Marco Joaquín, «La poesía hasta 1936», en José María Díez Borque, *Historia de la literatura española, IV, Siglo XX*, Taurus, Madrid, 1980, pp. 123-199.

Morelli Gabriele, *Vicente Huidobro. Epistolario. Correspondencia con Gerardo Diego, Juan Larrea y Guillermo de Torre 1918-1947*, Madrid, Residencia de Estudiantes, 2008.

Pla, Josep, «Pall-Mall», en *La Publicidad*, 14 marzo 1921, p. 1.

Salaya Guillén, *Los que nacimos con el siglo*, Madrid, Editorial Colenda, 1953.

Sagarra Josep Maria de, *Memorias*, Barcelona, Anagrama, 1999.

Solsona Braulio, *Evocaciones periodísticas y políticas*, Barcelona, Editorial Pòrtic, 1970.

Torre Guillermo de, *El fiel de la balanza*, Madrid, Taurus, 1961a.

Torre Guillermo de, *La aventura estética de nuestra edad y otros ensayos*, Seix Barral, Barcelona, 1961b.

Torre Guillermo de, *Literaturas europeas de vanguardia*, Sevilla, Renacimiento, 2001.

Videla Gloria, *El ultraísmo*, Madrid, Gredos, 1963.

Villacián Alfredo de, «Galería de ciegos ilustres. Homero», en *Los Ciegos*, 1, mayo 1916a, pp. 11-13.

Villacián Alfredo de, «Galería de ciegos ilustres. Homero», en *Los Ciegos*, 2, octubre 1916b, pp. 9-10.

Villacián Alfredo de, «Galería de ciegos ilustres. Homero», en *Los Ciegos*, 5, diciembre 1916c, pp. 9-10.

Villacián Alfredo de, «Hombres e ideas: Ensayos, por don Miguel de Unamuno», en *Los Ciegos*, 7, febrero 1917, pp. 11-12.

Villacián Alfredo de, «Informaciones arbitrarias. Ante unos cuadros cubistas...», en *La Publicidad*, 4 noviembre 1920, p. 1

Villacián Alfredo de, «Efigies. Joaquín Sunyer», en *Heraldo de Madrid*, 29 enero 1925, p. 5.

Zuleta Emilia de, *Guillermo de Torre entre España y América*, Mendoza, EDIUNC, 1993.